

## Oscar Bermúdez Miral, Ideario y práctica de una tentativa historiográfica

EDUARDO TELLEZ LUGARO

I

Oscar Bermúdez representa —ahora podemos proclamarlo— el más viviente de nuestros grandes muertos. Ni la imagen ni las palabras me corresponden: las fraguó Levillier al momento de honrar la tarea ecuménica de Vespucio.

Conservando las debidas distancias y proporciones, sirven el designio de medir la estatura precursora del hombre que trajo a luz los signos tutelares que justifican y dan razón del ser histórico del Norte Grande.

Sus datos de vida descubren un destino individual que fluye a la sombra de raras paradojas. Consagró sesenta de los casi ochenta años que alcanzó a estar en vida a la novela, sin contemplar llegar a imprenta una sola en su decurso. A los afanes directos de la Historia dedicó, en cambio, no más de un cuarto de siglo. En su transcurso vio imprimirse, con discretas omisiones, más de sesenta escritos historiales, en los que, digamos de paso, descansa buena parte del trayecto histórico de dos regiones. Esa circunstancia informa la tardanza con la que arribó a los dominios de la Historia, dilación que únicamente encuentra justificación en los sobrios vestigios de existencia que hemos logrado recobrar.

Oscar Bermúdez nace en el distrito tarapaqueño de La Noria, hacia el cuarto año de este siglo<sup>1</sup>. Media centuria antes, Jorge Smith, un británico llano y austero, había instaurado en la intimidad de ese dominio, habitado entonces por sombríos mestizos, villorrios de barro y la silueta endeble de los plantales de Paradas, la primera oficina de máquina alzada en los límites de aquella comarca. Sin presentirlo, la voluntad de ese hombre premeditó el escenario y la ruta de aquel otro que habría de escrutar, historia arriba, en los hechos y las vidas que respondían a su tiempo.

Era su padre, Octaviano Bermúdez, un empresario diligente y adusto; “*un tipo intelectual, burgués, tímido y apático*”, según la propia semblanza compuesta por su hijo<sup>2</sup>. De su madre, Adela Jorquera, sabemos que a la hora de engendrarlo contaba ya con dos hijos de un anterior matrimonio, y con vagos ascendientes campesinos<sup>3</sup>.

La temprana infancia de Oscar y sus hermanos discurrió en el interior de Arica, en donde Octaviano Bermúdez regentaba una industria salinera<sup>4</sup>. “*Desde aquel momento —apuntaría más tarde— la soledad del ambiente ha de haber ejercido su primera influencia sobre mi carácter, vuelto todo hacia la vida interior contemplativa*”<sup>5</sup>.

<sup>1</sup>La fecha precisa es el 15 de noviembre de 1904. No han faltado impresos que aseveran el 15 de septiembre de 1906 como fecha, y a Iquique como sitio de nacimiento. Ambos datos corresponden, en verdad, sólo al momento y lugar de su inscripción jurídica.

<sup>2</sup>Colección de manuscritos inéditos de Oscar Bermúdez (CMI). Archivo Privado. Memorial Autobiográfico de O. Bermúdez, Antofagasta, 1933, 1: Fol. 2.

<sup>3</sup>Ibid.: Fols. 2-3.

<sup>4</sup>CMI, Memorial Autobiográfico, 1: Fol. 3.

<sup>5</sup>Ibid.

Varios años, desconocemos cuántos, residió en las posesiones agrícolas que su padre mantenía en alguna imprecisa sección de la comarca ariqueña, ocupada, ventajosamente, por negros de filiación peruana<sup>6</sup>.

El propio Octaviano Bermúdez puso término a ese fugaz episodio rural, desplazando a la familia hacia los cantones salitreros de Tarapacá, en donde iba a profesar y a señalarse como alto conductor de oficinas<sup>7</sup>. Su vástago Oscar tomaba, en tanto, el primer conocimiento de las Humanidades en el English College de Iquique<sup>8</sup>.

Acaso la soledad o un mandato de la sangre lo llevaron al recogimiento y a la erudición. A la sazón, una recapitulación vertida con palabra breve y doliente por sí mismo en los días de adultez, se detuvo pasajera y a convocar los austeros hábitos de la adolescencia.

*Mi familia vino al norte a radicarse en las salitreras donde mi padre ocupó altos puestos. Pasé varios años en Iquique estudiando. Mi adolescencia transcurría en un ambiente exclusivamente de estudio. Los representantes más famosos de la Ciencia, del Arte y de la Filosofía, a través de la historia humana, los conocía mejor que a mis hermanos. Me formaba, por mí mismo, una gran cultura, pero una preparación desordenada, pues como nadie me guiaba en mis investigaciones, buceaba en todas partes sin método, llevado por una sed inextinguible de saber. Mi ansia de atesorar conocimientos no tenía límites. Leía corrientemente hasta el amanecer; la enseñanza escolar no me interesaba porque la encontraba superflua. Los juegos de niños fueron para mí desconocidos.*

*A los 17 años no había tenido todavía ningún encuentro serio con chiquillas, pero en todas partes me tenían como inteligente y mis profesores me respetaban más que yo a ellos.*

*Yo buscaba ya, incesantemente y trágicamente, el profundo sentido de la vida. Mi sensibilidad amorosa no tenía tiempo de desarrollarse, porque toda mi vida estaba concentrada en el cerebro. Era un intelectual puro<sup>9</sup>.*

A esa altura, la vasta estancia en Iquique había hecho de él un ser ciudadano. Tanto que al reencontrarse con la ilimitada solidez del desierto, llamado por su progenitor, cabeza por entonces de una oficina salitrera transitoriamente paralizada, se pronunció por soluciones imprudentes que pronto se extinguieron ante la nobleza del páramo.

*Cuando subí a la pampa a reunirme con mi familia, estuve a punto de suicidarme, pues mis aspiraciones eran grandes y me veía aprisionado en un círculo de familia tan estrecho. Pero el resultado fue distinto. La soledad me entregó su secreto que sólo entrega a los elegidos. Y me alimenté espiritualmente de esa soledad como de una ubre fecundísima. Fui el amante de la soledad<sup>10</sup>.*

En la dilatada biblioteca que el Escritorio de la Oficina cautelaba, encontró ocasión de obstinarse en las viejas aficiones y de consumir su primera identificación emotiva con el sedimento vivencial que nutre la meditación histórica.

*Nunca olvidaré ese período en la oficina salitrera paralizada. No había más familia que la nuestra y la de un cuidante. Pasaba el día leyendo en la biblioteca del Escritorio. Los grandes tomos, forrados en tafílete rojo, del Enciclopédico, tenían el polvo de la antigüedad. Entonces mi espíritu, liberado, se dio a recorrer todo el mundo; y asistí a*

<sup>6</sup>Ibid.: Fols. 3-4. Según informaciones proporcionadas por su hijo, Rabindranath, dicha comarca podría estar situada en antiguas algodóneras de la región.

<sup>7</sup>Ibid.: Fol. 5.

<sup>8</sup>Ibid.

<sup>9</sup>Ibid.

<sup>10</sup>CMI. *Memorial Autobiográfico*, I, Fol. 5.

*las grandes luchas religiosas y científicas del mundo antiguo, a los pintorescos sucesos de la Edad Media, a la vida galante de las cortes europeas. Mi poder de intuición era tan grande en aquella época, que vivía con singular emoción en el alma de las épocas rememoradas; me parecía percibir el perfume del mundo antiguo, identificarme con el espíritu de las pasadas culturas y asistir en cuerpo y alma a los torneos caballerescos de la Edad Media. Escribía poemas describiendo estos torneos y sentía nítidamente en mis oídos la aguda música de las trompetas. Al escribir estas líneas, me siento otra vez hundido en la emoción de un mundo que no es el nuestro. En general, poseo una extraña facultad para evocar con rara particularidad el sentido y el tono de épocas pasadas de la historia, como si el recuerdo de haber vivido en ellas se conservase aún en mí. Seguramente en mis pasadas encarnaciones he sido sacerdote en el Egipto, caballero de las Cruzadas a las órdenes de Godofredo de Bouillón, y finalmente sabio alquimista al final de la Edad Media<sup>11</sup>.*

El decenio que prosigue a su reconciliación con la Pampa, delatan, no obstante, su franca predisposición por la ficción novelesca, la filosofía social, un anarquismo de timbre humanista y por las doctrinas herméticas, que no conceden lugar a la devoción histórica. Salvo la circunstancia de oficiar fugazmente como subinspector en el Liceo Comercial de Iquique, cumplir algunas estadas en Tacna, la Pampa y Antofagasta —ciudad en la que radicó a partir de 1929— y la ardua apología de un anarco-sindicalismo de tono humanista, los pormenores de su vida, hasta 1933, son triviales<sup>12</sup>. Ni en los escritos teosóficos ni en “Yunque”, periódico contingente fundado en Antofagasta, impreso que rigió en calidad de redactor político, encubren algún vestigio de reflexión histórica. Basta interrogar el registro cronológico que él mismo bosquejara, para refrendar la ausencia de un quehacer historiográfico consistente. Miremos en su propio recuento:

- “1926. *Primera novela: “Vagabundo”.*
- 1929. *Se pone término al período salitrero, iniciándose búsqueda de otros ambientes.*
- 1930. *Conocimiento con E.U. (posiblemente en el mes de febrero) y luego con la Teosofía, Keyserling y K.*
- 1931-32. *Continúa el ritmo interior iniciado en 1930 y ahora en un ámbito mayor en vinculaciones externas..., preparación del Cuestionario Teosófico para ser discutido en el 4º Congreso; correspondencia con Elquin. Socialismo Sindical-funcionalista.*
- 1933. *Máximo desarrollo del mismo período. Celebración del 4º Congreso Teosófico Sud Americano... Periodismo político. En este mismo año de plenitud, hay síntomas negativos; comienzo de estados depresivos; al terminar el año, crisis internas coincidiendo con crisis económicas, sociales y políticas en el país...”<sup>13</sup>.*

Un tenue sentido de historicidad, sin embargo, clareaba ya en su interioridad al reparar en la unidad casi orgánica de un tiempo existencial que congrega instantáneamente en su fluir todas sus dimensiones constitutivas.

*Otras veces cuando evoco el pasado lo siento vivamente como lo que es en realidad: una continuidad orgánica en el tiempo. Entonces lo miro con simpatía... En cada momento*

<sup>11</sup>Ibid.: Fols. 5-6.

<sup>12</sup>CMI, *Memorial Autobiográfico*, II, Santiago, 1934: Fols. 1-5.

<sup>13</sup>MI, *Fechas Cronológicas*, MS, 23.11.1972, 1 Foj. Corresponde a un documento manuscrito de O. Bermúdez en que registra sus datos biográficos, a petición de su hijo Rabindranath, desde 1926 hasta 1967. Las iniciales en el texto señalan los nombres de personas ligadas al pensamiento teosófico; v. gr. E.U. indica el nombre de Esmeralda Urizar, activa miembro de la Sociedad Teosófica; y K. designa al filósofo indio Krishnamurti, quien junto con Keyserling influye fuertemente en sus concepciones filosóficas.

*de la vida actúan simultáneamente el pasado, el presente y un tercer factor que mira al porvenir. Mientras escribo estas páginas tengo vívidamente la conciencia de esta triple y grande unidad*<sup>14</sup>.

A los términos de aquel año —1933— la prolija hostilidad oficial tornó adverso el clima político en el que se debatían las facciones radicalizadas de Antofagasta. Los editoriales de “Yunque” a la sazón, habían comprometido lo bastante la posición de sus cuatro redactores, como para aconsejarles poner en reposo el impreso, y dispersarse<sup>15</sup>.

Bermúdez eludió el hostigamiento gubernamental viajando hasta Santiago, en donde habría de conocer la madurez del cuerpo, el abandono parsimonioso de las primeras vacaciones y el encuentro de nuevas lealtades.

## II

“*Las Exploraciones del desierto de Atacama dirigidas por don Francisco J. San Román*” (1956), primer diseño historiográfico consumado por Oscar Bermúdez, vino a ser más el resultado de la tardía maduración de íntimas añoranzas que de un quehacer intelectualivo sistemáticamente practicado en los años precedentes.

*Nacido en la ciudad de Iquique y cumplido mis estudios en el Iquique English College en la década del 20 —confesaba no ha mucho a Julio Heise—, mi conocimiento del Norte data por lo tanto desde mi primera juventud. Sin embargo, el marco geográfico y humano en que se encuadró ésta, fue motivo de profunda insatisfacción ya que toda mi vida interior estaba orientada hacia los estudios filosóficos, históricos y sociales, materias en las que he sido absolutamente autodidacta, habiéndome dedicado a ella en las décadas 30 y 40, en Santiago.*

*Fue después de 20 años de haber abandonado el Norte, y observándolo a través del cristal del tiempo, que descubrí lo singular y único de ese mundo extraño, brutal y, sin exagerar mucho, abominable, que fue en su tiempo la región del salitre, que en una novela he llamado “la civilización Shenks”. Esta comprensión vivencial y al mismo tiempo distante y objetiva, creo que es, junto con el documento, lo que da vida a la Historia del Salitre*<sup>16</sup>.

No cabe ni en los lindes ni en los designios de este ensayo, brindar reseña de sus pormenores de vida, en lo que va desde el afincamiento de Bermúdez en Santiago (1934) hasta la impresión de su primer perfil histórico. Basta consignar que ese cuarto de centuria le vio abocarse, sin brillo, al periodismo y a su advocación dominante: la novela. Si no dio a estampa: una sola de ellas durante ese período, “El Drama Político de Chile” (1947), su voluminosa reflexión tocante al contenido ideológico y proselitista de la experiencia frentista de esa década, conoció las imprentas<sup>17</sup>. Descontadas las inexorables referencias históricas en las que tanto ese libro como sus notas periodísticas de época insistieron, toda intención historicista aparece proscrita en una y otras.

Hacia las medianías del siglo, la tenaz interrogación de cuanto texto invocara el espacio o la Historia del Norte Grande —una escueta colaboración con la cual honró a Roberto Hernández y el asedio de las evocaciones— habían desvanecido esa primitiva indiferencia. En pocos años la simple atracción había derivado a convicción, y ésta a elección.

<sup>14</sup>CMI, *Memorial Autobiográfico*, I: Fols. 1-2.

<sup>15</sup>CMI, *Memorial Autobiográfico*, II: Fol. 5.

<sup>16</sup>CMI, carta de O. Bermúdez a Julio Heise, Antofagasta, 20.06.1976.

<sup>17</sup>En *El Drama Político de Chile*, publicado por Oscar Bermúdez en Santiago, 1947 (Editorial Tegualda), intenta demostrar —a través de una aguda y valiente crítica— la incapacidad de los gobiernos de Derecha y del gobierno de Izquierda (Frente Popular), esta última “desorganizada, demagógica, portadora de principios imposibles de ser realizados sin una prolongada estructuración adecuada del país”. A través de una crítica general a los partidos políticos, denuncia “la inadecuación de los métodos y los hombres que pretendían una renovación, fuese del alcance reformista o revolucionario”, del país.

En 1955 se encontraba determinado a emprender una semblanza relativa a alguna de las personalidades científicas enlazadas al norte. La reverente lectura de los tratados relativa a las misiones exploratorias cumplidas por Francisco San Román, le llevaron fácilmente hasta el hombre y el tema que convenía acometer. Un año más tarde, el N° 124 de la Revista Chilena de Historia y Geografía consideró un somero estudio de Bermúdez referente a las expediciones científicas encauzadas por aquél entre 1883 y 1887 en el Desierto de Atacama<sup>18</sup>.

Otra vez es su ceñido Registro Cronológico la instancia testimonial que diáfananamente enseña el parsimonioso tránsito de Bermúdez desde los imperiosos dominios de la ficción literaria a los del saber histórico:

- 1934. *Santiago... Relaciones con teósofos y políticos. Un año de búsquedas y tentativas.*
- 1941. *Extraordinariamente positivo en el orden de la creación novelística. "El taller de los Dioses" y otras. Vitalidad.*
- 1943. *Matrimonio. Creatividad literaria y filosófica.*
- 1944. *Extraordinaria productividad intelectual, gran poder de captación del Sentido... Estabilidad económica. "Los Colonos de Acuario".*
- 1948. *Mundo de ficción: Creación novelística.*
- 1950. *Estados nerviosos.*
- 1956. *Crisis en diferentes órdenes...*
- 1957-1962 *Mundo histórico (alejamiento del mundo de ficciones): Investigaciones históricas.*
- 1963. *Terminada la forma de vida seguida en los años pasados. Cambio de ambiente geográfico y humano. Mundo de las formas completas. Publicación de H. del Salitre. Viajes*<sup>19</sup>.

Penetrar directamente el carácter y el contenido del hacer historiográfico que prosigue será la tarea a la que destinaremos lo que resta.

### III

Así como la estrecha vecindad de todas y cada una de sus piezas torna distinguible a luz el motivo central de un vitraux como unidad de sentido y color, la historiografía, dictamina Bermúdez, hace transparente la racionalidad de su discurso, cohesionando vigorosamente cada fragmento de contenido, cada segmento temático que lo articula y sustenta.

*En suma, —confiesa en la intimidad de una glosa— Bermúdez concibe la historiografía como un todo de relaciones, como un anudamiento de individuos y masas, de ecología e industrias, de economía y tecnología, no separadamente sino como un contexto orgánicamente vertebrado y coherente. Esta forma de orquestación de diversas ciencias sociales, sin que se pierda nunca la unidad temática, se manifiesta claramente en Historia del Salitre desde sus orígenes hasta la Guerra del Pacífico y se encontrará también en la Segunda Parte de esta historia. La misma vertebración, el mismo orden de distribución temática en "El Oasis de Pica y sus nexos regionales". Y es curioso que este método de ensambladura o montaje de partes diversas, pero jerarquizadas por un orden central, corresponde y le dé singularidad de estilo a su novela ya tantas veces mentada "La Pampa Desnuda"*<sup>20</sup>.

<sup>18</sup>Las Exploraciones del Desierto de Atacama dirigidas por don Francisco J. San Román. Revista Chilena de Historia y Geografía, N° 124, Santiago, 1956: 309-23.

<sup>19</sup>CMI, Fechas Cronológicas 1926-1967, 23.11.1972.

<sup>20</sup>CMI, O. Bermúdez, Aproximación a la obra histórico-literaria de Oscar Bermúdez, 1983: Fol. 6. En este manuscrito, elaborado por el propio Bermúdez, somete a examen su producción literaria e historiográfica, valiéndose del expediente de situarse ante sí como personaje objetivo de su reflexión.

La fina urdimbre de las diversas instancias que conforman la trama historiográfica pasa, inevitablemente, por la hegemonía interna de un orden central que, salvando la diversidad temática en que se ha dividido intencionalmente el discurso, mantenga la sustantividad de su mensaje.

Ese ideario encuentra expresión en un estilo historiográfico fraguado en el rigor y el equilibrio.

Tanto por formación, cuanto por vecindad cronológica con la tradición positivista decimonónica, Bermúdez orientó sus procedimientos heurísticos hacia una intimidad casi filial con los folios de archivo<sup>21</sup>. Cada unidad expositiva descansa —de consiguiente— en un arduo examen filológico de los manuscritos pertinentes. Sea descifrando la nominación precisa que corresponde a Melbourne Clark y Cía.<sup>22</sup>, sea forjando una dieta documental relativa a las fuentes manuscritas utilizables en la historia de Cobija<sup>23</sup>, el esmero filológico es la nota ostensible de su canon metodológico:

El estilo resuelve lo que falta. Su procedimiento narrativo destierra los adustos recursos formales del positivismo, tanto como las demasías del retoricismo. El corolario es una ecuación armónica entre una escritura diáfana y certera, y una erudición diestramente matizada; sin perjuicio de la discreta irrupción de un tono lírico, sabiamente conciliado con el dato positivo, todo lo cual no compromete la vigorosa fluidez del relato.

La inclinación erudita es un rasgo tan acusado de su modo analítico, como la disposición cronologista que adopta la ordenación del conglomerado temático puede serlo en el terreno expositivo. Las dos partes que componen la *Historia del Salitre* asumen, con lealtad, la aplicación empírica de esa concepción y procedimiento. Jamás como en ellas, estuvo más inmediato a su desiderato de plasmar una “historia de relaciones”. La *Historia del Salitre* se nutre de la fértil confraternidad de instancias históricas algunas veces asimétricas, otras, incluso, antagónicas, insertas y articuladas jerárquicamente al interior de un universo temático dotado de una sustancial unidad orgánica.

La primera parte, impresa en 1963<sup>24</sup>, abordó con voluminosa arrogancia el despliegue histórico del nitrato desde su origen ecuménico hasta la guerra trinacional de 1879. La segunda, desde los límites de esa contienda hasta las riberas de otra: la lucha civil de 1891<sup>25</sup>.

Historia del Salitre I reservó sus primeras secciones a una ilustrada indagación en torno al origen cósmico del nitrato, que venía a converger, finalmente, en el episodio salitrero colonial y la obertura del primer período exportador tarapaqueño hasta 1850. Las secciones centrales y ulteriores se abocaron a elucidar la maduración del ciclo industrial tarapaqueño, el despuntar de la actividad nitratera en el Desierto de Atacama y el trayecto inicial de la Guerra del Pacífico; brindando, de paso, una diligente revista de la tecnología salitrera, desde la lixiviación a fuego directo hasta la plenificación del sistema Shanks<sup>26</sup>.

Historia del Salitre II, ahondaba, en parte en el temario que había fatigado previamente en “*El Salitre de Tarapacá y Antofagasta durante la ocupación militar chilena*”<sup>27</sup>. Su primera sección recapitulaba el desenvolvimiento de la industria salitrera tarapaqueña entre 1879 y 1881, incluyendo vistas acuciosas de los desarrollos sectoriales alternativos. La segunda, no renunciaba a

<sup>21</sup>Cf. David J. Robinson, *Historia del Salitre*, *Geographical Journal* de Londres, 1965, Sección Bibliográfica; Jack Ray Thomas, *Historia del Salitre*, *The Hispanic American Historical Review*, Indiana, febrero, 1965; Julio Durán Cerda, *Historia del Salitre*, *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago, mayo-agosto, 1963, p. 202 s. Sección Bibliográfica.

<sup>22</sup>O. Bermúdez, *Sobre la forma de escribir el nombre de la primera empresa salitrera de Antofagasta*, *Revista de Cultura Universitaria Ancora*, N° 3, U. de Chile, Antofagasta, 1966: 53-59.

<sup>23</sup>O. Bermúdez, *Datos sobre documentos inéditos relativos al antiguo puerto de Cobija*, en Cobija: Proyecto de Investigaciones Interdisciplinarias en la costa centro-sur andina, U. del Norte, Antofagasta, 1980: 30-42.

<sup>24</sup>O. Bermúdez, *Historia del Salitre desde sus orígenes hasta la Guerra del Pacífico* (HS, I), Santiago, 1963.

<sup>25</sup>O. Bermúdez, *Historia del Salitre desde la Guerra del Pacífico hasta la Revolución de 1891* (HS, II), Santiago, 1984 (obra póstuma).

<sup>26</sup>Cf. HS, I, Sección I: 13-88, Sección II: 89-120, Sección III: 121-174, Sección IV: 175-238, Sección V: 239-280, Sección VIII: 355-401.

<sup>27</sup>O. Bermúdez, *El Salitre de Tarapacá y Antofagasta durante la ocupación militar chilena*, *Anales de la U. del Norte*, N° 5, Antofagasta, 1966: 129-182.

retornar al asunto de los orígenes de la experiencia salitrera en los distritos del Despoblado de Atacama y el rol cumplido por la Compañía de Salitres en la gestación de la guerra de 1879; para terminar acometiendo la ponderación de la nefasta gestión de la Comisión Consultiva y del impacto de la política tributaria implementada en relación a los distritos salitreros atacameños. Las cuestiones relativas al dominio privativo de las salitreras de Tarapacá y el Toco hasta el giro contractivo del nitrógeno bajo el régimen privado, conforman el objeto recurrente de la tercera sección que debatió, además, en el sumario, las contingencias de los ferrocarriles salitreros de Antofagasta y Taltal, y la progresión de la técnica beneficiadora. La última sección escudriñó la emergencia y consolidación del monopolismo británico impulsado por North en el ámbito tarapaqueño, los desvelos de Balmaceda por abatirlo y la derrota de su proyecto histórico<sup>28, 29</sup>.

Una tal tentativa que pretende enseñarnos el devenir histórico del nitrato desde su génesis universal hasta los campos de batalla del 91, está subordinado, naturalmente, a una ordenación cronológica irrestricta. El origen de la secuencia es difuso. Podría dormitar en un incierto tratado tocante a la pólvora, laborado en un vago gabinete de China o de Bombay; o el el ceno ribereño del Nilo o del Ganges<sup>30</sup>. Sólo cuando la afinidad entre pólvora y nitrato queda fijada entre los límites de la Historia, la orientación cronológica adquiere definitiva firmeza en la trayectoria histórica que Bermúdez pretende interrogar.

El historial de la pólvora en Oriente, Europa y en la América hispano-colonial, lo obstinaron tan vastamente como el de la alquimia<sup>31</sup>, en la convicción de que en ambos residía una de las claves genéticas del salitre. Transitado ese tramo, el diseño de una directriz cronológica susceptible de ser periodizada mediante unidades temporales consecutivas, se tornó hacedera. El acontecer colectivo del salitre quedaba, de esta suerte, organizado en una macrosecuencia temporal que deberá consumarse lógicamente el 91. Esa dilatada línea de tiempo admite escisiones precisas que la delimitan en períodos metafóricamente identificados, en algunos momentos, con símiles organicistas<sup>32</sup>. Esas demarcaciones temporales ya las puede determinar la declinación de una forma casi orgánica ("Fin de la Infancia del Salitre"), un giro expansivo de los mercados periféricos o una contienda interna (Revolución de 1891).

Casi como si semejaran anillos concéntricos que se suceden consecutivamente en la corriente del tiempo, las diversas unidades temporales en que se ha fragmentado la secuencia histórica del salitre, van subrogándose unas a otras casi como si siguieran una lógica irrevocable que habrá de revelar su sentido total exclusivamente en el episodio final (Guerra Civil de 1891).

El conjunto de las formas sociológicas, productivas y tecnológicas puestas en examen, quedan así, solidariamente sujetas al principio de diacronía. La tecnología y la ciencia del salitre, v. gr., transitan de uno a otro estadio de desarrollo en virtud de la sucesión lineal de los períodos temporales en que el autor los ha situado previamente. Cada nueva forma tecnológica subroga, consecutivamente, a las que caducan mediante un proceso sustitutivo irreversible.

El devenir evolutivo de la técnica salitrera desde los oscuros procedimientos precolombinos hasta el "estilo" de Paradas, y de este procedimiento hasta el arraigo del Shanks, fluye bajo este signo.

La transición de un modo técnico a otro no se consuma sin previas contiendas de supervivencia. La epifanía de una forma se torna hacedera en la extinción de aquella que la precede y anuncia. El sistema de Paradas debía, necesariamente, abatir el procedimiento amerindio de lixiviación del nitrógeno para afincarse. El sistema Shanks deberá, a su vez, doblar al de Paradas para prevalecer en la Historia<sup>33</sup>.

<sup>28</sup>Cf. *HS, II*; I Sección: La Región de Tarapacá en los años 1879, 1880 y 1881: 41-110; II Sección: La Región de Antofagasta. El Territorio, los pioneros, los comienzos de la Administración Chilena: 119-161; III Sección: La Industria Salitrera en el Régimen Privado. Crisis y Desarrollo: 169-220; IV Sección: Política, Nacionalismo, Poder: 227-294.

<sup>29</sup>Un capítulo relativo a la zona de Taltal fue publicado por Eduardo Téllez y Leonel Lazo en "Tres Ensayos para una Historia de Taltal y su zona" bajo el título de *Origen y Afirmación del Ciclo Salitrero de la Región de Taltal*, op. cit.: 83-98. El texto fue editado por la ilustre Municipalidad de Taltal en 1982.

<sup>30</sup>*HS, I*: p. 91.

<sup>31</sup>O. Bermúdez, *El Salitre y los Alquimistas*, Revista de Occidente, N° 124, Santiago, 1960: 40-42.

<sup>32</sup>Cf., particularmente la primera sección de *Historia del Salitre I*, paragonada por el autor con la edad de la infancia.

<sup>33</sup>*Historia del Salitre, II*, pp.: 212-220.

Como quiera que fuese, el autor llevó sus aspiraciones, en este punto, allende las fronteras del simple conflicto. Las dilatadas recapitulaciones que consagró al ascenso de la ciencia y la técnica sectorial desde el árabe Geber y Marcus Grecus, el latino, hasta Gamboni o Humberstone, delata un propósito de universalidad que anida tanto en sus tentativas mayores cuanto en las de aliento más moderado<sup>34</sup>.

#### IV

Sería vano extenuarse en demostrar el sitial hegemónico que el factor económico ocupa en la visión histórica de Bermúdez. La supremacía de ese principio como instancia primaria de la mutación y del desenvolvimiento histórico del nitro es tan incontestable que parece inútil tentar aquí su ponderación. Mas, y a despecho del sentido catalizador que Bermúdez le otorga, la premisa económica no conforma un absoluto historiográfico. Factores de filiación política, ergo "ideológicos", pueden complementarla, y llegar, todavía, a desplazarla en situaciones históricas puntuales. De allí que no llama a asombro el principio causal que busca a la escisión política que distanciaba y enfrentaba internamente a la sociedad chilena en vísperas de 1891.

Para Bermúdez, ni la "economía" ni el diferendo constitucional entre los poderes orgánicos del Estado son las fuerzas primarias que nutren las tensiones internas que despuntan y se resuelven el 91. Mirada a través de su prisma, la historiografía de índole "constitucionalista", tanto como la de raigambre economicista, agotan su hermenéutica, atisbando en las claves subalternas que alimentan el conflicto.

*La Revolución del 91 fue la lucha entre chilenos empecinados en controlar el poder político; lucha entablada no tanto para poder realizar desde el gobierno programas de "salvación nacional", sino más bien por el poder en sí mismo, cualesquiera que fuesen sus aplicaciones. La Industria de la Política se presta más que en ninguna otra actividad para cubrir con máscaras de colores o insignias ideológicas su verdadera lucha que es el control del poder político y la Administración Pública. Esta lucha se hizo más empeñosa desde que las fuertes entradas por el salitre hizo posible la ampliación de la administración del país con el consiguiente desarrollo de la empleomanía, y el enriquecimiento de instituciones particulares<sup>35</sup>.*

Tal postulación puede revestir matiz ideológico y espaldar una lectura de la guerra civil, asumible, incluso, en términos de psicología social y política. Para el hombre que llegó a tejer esa conjetura, ésta posee mayor vigor iluminatorio que las versiones defendidas por el reduccionismo de economicistas y "constituyentes" respecto de las claves genéticas que informan la crisis coyuntural del 91<sup>36</sup>.

#### V

Una tentativa de signo tan diverso debía, inexorablemente, verter hacia asuntos subalternos que solió reservar a su obra menuda. Su *Historia de la Municipalidad de Antofagasta, 1872-1885*, vale aquí para ilustrar el caso<sup>37</sup>. Sin detrimento de su brevedad, ese intento legó un fértil ensayo concerniente al desarrollo consistorial antofagastino, laborado solícitamente en torno a las actas del Consejo. El resultado expositivo fue una consistente secuencia de la gestión consistorial que no se distancia un ápice del conglomerado documental empleado. La tarea erudita, no obstante,

<sup>34</sup>Cf. O. Bermúdez: "Gases violetas en una nitrería artificial francesa y en una salitrera de Tarapacá", *Revista En Viaje*, N° 342, Santiago, 1962: 7-9.

<sup>35</sup>HS, II, pp. 286.

<sup>36</sup>Ibid.

<sup>37</sup>*Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 126, Santiago, 1958: 235-295.

no conspira en desmedro de la agilidad inmanente del relato, merced a la ecuánime integración de las instancias documentales y narrativas en que el mismo descansa.

Parecidos rasgos alientan en su reseña "*Las relaciones entre Chile y Bolivia desde 1866*"<sup>38</sup>, motivo que, al igual que la historia institucional, únicamente frecuentó, en concisos apuntes de prensa<sup>39</sup> o en los inevitables pasajes por los que debió transitar *Historia del Salitre*.

Descontadas las referencias que en esta última les corresponde, los pasados urbanos del norte merecieron ciertos recuentos. Su tendencia a fraguar perfiles ciudadanos, certifican que en este ámbito se inclinaba más a la aproximación menuda que a los tonos monumentales.

Brindó varias reseñas a las ciudades del mosaico ribereño. Tocopilla alentó una vaga evocación intimista<sup>40</sup>, que se tornó más diáfana en las dos membranzas que refirieron el tránsito de Iquique, desde su olvidable condición de asiento de indios y de negros, hasta los horizontes que el guano, la plata y el salitre vinieron a señalarle<sup>41</sup>.

Una leve nota relativa a Huantajaya habilitó el paso a una escueta reflexión relativa a la trascendencia que sus desmontes de plata, encauzados por Iquique, tienen en su sino histórico<sup>42</sup>.

Su ajustado *Perfil Histórico de Cobija* portó consigo resonancias más "historicistas", si se quiere, aun cuando no allegó nuevos antecedentes al tema del ciclo temporal cumplido por el primer enclave portuario que autorizó a Bolivia a irrumpir en el Pacífico<sup>43</sup>. *Repercusiones en Cobija de la Guerra con España*, por contraste, ofreció una síntesis que bien retornaba a los datos triviales, iba adjunta a una sección que concedía detallado recuento del impacto bélico de la confrontación naval con España, en 1866<sup>44</sup>.

Las revistas que afectan a los villorrios interiores del desierto no escaparon a ese trato. Las reseñas que dedicó a Guatacondo<sup>45</sup> y Quillagua<sup>46</sup>, tanto como aquella que se ocupó a la vez de Calama, San Pedro de Atacama y Toconao<sup>47</sup>, concretaron la sutil invasión literaria de ese disperso universo de existencias marginales. No constituyen sino livianos acercamientos, cuyo mérito anida en la recuperación de la fibra amerindia de un pasado secular, cuyos retazos tutelan las sociedades periféricas acogidas al regazo fértil de los oasis preandinos. Ambitos de periferia en los que la densa silueta del indio casi ha velado la tenue estela cultural dejada por el inconstante tránsito del peninsular.

El valor historiográfico de esos recuentos es precario. Su respetabilidad reside en la moderada redención de caracteres sociales todavía vivientes tras el definitivo silencio de las civilizaciones maternas. El encanto de una crónica que rescata el ser intemporal de sociedades estagnadas o ya disueltas, mediante un procedimiento evocativo que aúna los datos objetivos de la historia con la narración intimista, cumple el resto<sup>48</sup>.

Por su magnitud, *Orígenes Históricos de Antofagasta* se distancia de las tentativas precedentes<sup>49</sup>. Los veintiséis capítulos que doctamente recrean el despliegue histórico de La Chimba, desde el momento colonial hasta su maduración citadina, en buena medida reproducen la

<sup>38</sup>*El Mercurio de Antofagasta*, Antofagasta, 14 de febrero de 1967.

<sup>39</sup>Cf. "La labor de la Municipalidad de Antofagasta antes de la Guerra del Pacífico", *El Mercurio de Antofagasta*, Antofagasta, 2 de junio de 1963.

<sup>40</sup>Tocopilla, la ciudad de las piedras fantásticas", *Revista En Viaje*, N° 295, Santiago, 1958.

<sup>41</sup>Cf. "Iquique, espejo del recuerdo", *Revista En Viaje*, N° 320, Santiago, 1960: 15-16. "La Isleta de Iquique", *Revista En Viaje*, N° 336, Santiago, 1961: 24-25.

<sup>42</sup>Huantajaya, la mina fantasma", *Revista En Viaje*, N° 326, Santiago, 1960: 42-43.

<sup>43</sup>*Boletín de la Asociación de Geógrafos de Chile*, N° 3, Santiago, 1967: 7-9.

<sup>44</sup>"Repercusiones en Cobija de la Guerra con España", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 143, Santiago, 1975: 46-72. Cf., en este sentido "Las Casas Comerciales de Artola y Aguirrezavala", *Revista de la U. del Norte*, N° 2, Antofagasta, 1967: 31-38.

<sup>45</sup>Guatacondo, un pueblo desconocido", *Revista Zig-Zag*, N° 3036, Santiago, 1963: 28-29.

<sup>46</sup>Quillagua, un milagro del Loa", *Revista Zig-Zag*, N° 3047, Santiago, 1963: 19-20.

<sup>47</sup>Calama, San Pedro de Atacama y Toconao", *Revista En Viaje*, N° 197, Santiago, 1958.

<sup>48</sup>A este respecto es útil una consulta a "En el espejo del desierto, salitreras y oasis", *Revista En Viaje*, N° 383, Santiago, 1965. que si bien con un espíritu diferente, demuestra esta inclinación a los contrastes témporo-espaciales.

<sup>49</sup>Editada por la Ilustre Municipalidad de Antofagasta, 1966. 128 pp.

organización temática propuesta por Arce en 1930<sup>50</sup>. De una parte, Bermúdez retornó aquí a los antecedentes y temas que aquel y otros clásicos habían solido visitar, sea para reiterarlos o donarles mayor dilatación.

No pocas veces insistió en los dislates en que los notables de nuestra historiografía regional incurrieron. En otras, no pudo desbordar las fronteras documentales en las que aquellos discurrieron. Pero, también allegó datos frescos y mirada nueva a los temas ancestrales. De esta suerte, amplió considerablemente los antecedentes sobre López, la trama sociopolítica, la evolución productiva del nitro y de la plata, y el desarrollo demográfico antofagastino, sustentándose en el sedimento documental en que afinó su *Historia del Salitre*.

Si en buena medida transitó la senda temática seguida por Arce, desbrozándola en ocasiones, ahondándola, en otras, fraguó, en definitiva, una suma decorosa. Sin innovar la complejión metodológica y episódica de la historiografía tradicional antofagastina, los Orígenes Históricas, otorgaron una recapitulación más sistemática y holgada que la trazada por la generación narrativa anterior, merced una convocatoria más llana y profunda del pretérito local.

## VI

No sólo hacia los anónimos poderes que dan cuenta del pasado se ha vuelto Bermúdez. Las fuerzas objetivas de la Historia —piensa— no confinan allende sus límites la acción de los destinos personales. La escala individual pasa a constituirse, a fin de cuentas, en una medida subjetiva de aquélla.

Bien es verdad que sus acercamientos literarios a la fisonomía ética y psicológica de “sus” personajes, no vertieron hacia el culto idolátrico de la personalidad. No lo es menos el que su visión de Historia encuentra en los actos del sujeto singular una de las razones y sentidos de la misma.

Otras historiografías podrán prescindir de la inquietud de mirar en los destinos individuales. No la de Bermúdez. El mismo se sabía ufano y cierto de haber

*...descubierto hombres como San Román, del cual los geógrafos muy poco habían leído sus monumentales publicaciones, pero nadie sabía del hombre; William Bollaert, mencionado por casi todos los arqueólogos —en el sentido que está “en onda” incluirlo en las bibliografías—, pero igualmente era un desconocido; del mismo modo de Ossa, de Juan López —el Manco Moreno—, de Gamboni, ha dado Bermúdez datos precisos, apartándose del elogio exclusivista y de los atributos de hechos no comprobados. Entre otros sentidos, Oscar Bermúdez es un ordenador de la Historia del Norte*<sup>51</sup>.

No por un acaso es la figura de San Román la que lo conduce hasta el vestíbulo de las ciencias históricas. En su persona reconoce, tal vez, la fisonomía genérica de aquellos reposados incursores de los yermos septentrionales, capaces, al par, de convocar la casi infinita silueta del desierto en un pergamino cartográfico; para contarlo, después, en un sensato tratado científico que no renuncia por ello a los procedimientos estéticos<sup>52</sup>.

No siempre indaga en voluntades tan sólidas. A momentos repara en exploradores tan fugaces como podrían serlo los mismos ingenieros Sierralta y Plazóles que, acogidos a las cubiertas de la corbeta “Chacabuco”, singlaron y escudriñaron el litoral de Atacama en 1870<sup>53</sup>. En otras, se detiene con brevedad a urdir conjeturas en torno a los fines y a las vidas de los andantes que rindieron los límites del Despoblado Atacameño<sup>54</sup> o le sonsacaron sus dones argénticos<sup>55</sup>.

<sup>50</sup>Isaac Arce, *Narraciones Históricas de Antofagasta*, Antofagasta, 1930.

<sup>51</sup>M.I., glosa manuscrita de O. Bermúdez, s/f y s/n.

<sup>52</sup>O. Bermúdez, *Las Exploraciones del Desierto de Atacama...*, op. cit.

<sup>53</sup>“La Expedición del Abtao en las costas de Atacama”, Revista *En Viaje*, N° 359, Santiago, 1963.

<sup>54</sup>Cf. “Los Exploradores del Desierto de Atacama”, Revista *En Viaje*, N° 323, Santiago, 1960.

<sup>55</sup>“Una Aventura minera en 1870: Descubrimiento de Caracoles”, Revista *En Viaje*, N° 346, Santiago, 1962: 2-9.

Se deja cautivar, a pausas, por la figura del pionero, la que concluyó por intuir e identificar en la de Juan López, cuyo sino debatió con detalle y elevación en un boceto y en seis capítulos y un apéndice de *Orígenes Históricos de Antofagasta*, que portan todo cuanto su época pudo recobrar del personaje<sup>56</sup>.

Esos apuntes suelen mostrar predilección por los contrapuntos morales. Bermúdez parece reparar más en la complejión ética que en el papel funcional de las personalidades enjuiciadas. Gusta, por tanto, de las polaridades valóricas. A ese expediente acude a la hora de confrontar, v. gr. ; un Jorge Smith, íntegro y fáustico, a un North, fastuoso y calculador, “gran especulador de circunstancias, inescrupuloso y audaz”<sup>57</sup>. O la rectitud de Humberstone a la alevosía de Harvey<sup>58</sup>. “Los personajes del Salitre”, recuento biográfico de los altos notables del nitrato, no elude este designio. Sin menoscabo de los alcances prácticos de sus obras de existencia, las presencias de Ossa, Smith, Gamboni o North, comparecen ante su lector como distintas variaciones o encarnaciones de la ética<sup>59</sup>.

Recorre, en veces, a los prismas individuales para internarse en las grandes magnitudes del pretérito. Así, las vivencias y estampas literarias que el Dr. Nicolás Palacios compusiera cuando su detenida estancia en los distritos cantonales de Tarapacá, le autorizan a sondear, a través de pupila ajena, el crudo clima social en el que se debatían las mesnadas obreras del nitrato en el prólogo de este siglo<sup>60</sup>.

Si mediante las consolidadas impresiones de Palacios logra Bermúdez emplazarse en el centro de las disparidades sociales del salitre, los quehaceres administrativos, las relaciones geográficas y la obra cartográfica de Antonio O'Brien, en Tarapacá, le consienten el ingreso al horizonte ecológico y económico de esa comarca en su hora colonial. A través de ese riguroso hijo de Sevilla, el historiador desnuda las señas geográficas y ecológicas del territorio, la funcionalidad operativa de su economía minera y agraria, la dinámica de sus flujos de intercambio multirregional y sus fronteras demográficas en el decurso de 1763 y 1761<sup>61</sup>.

La tendencia desmitificadora que recorre su tarea le ahorra la tentación de los excesos. Ese propósito abatió más de una mitología individual. Con dictamen medido fue corrigiendo los ángulos personales distorsionados por la tradición oral y literaria o por las inconsecuencias de la memoria popular. Con la misma compostura iluminó también aquellos que aún permanecían al abrigo de penumbras. Tal ocurre con la refutación que empujó en lo que toca a los supuestos que atribuyen al vicario de Camiña el descubrimiento del salitre tarapaqueño o Haenke su industrialización<sup>62</sup>. La última sección de *Historia del Salitre II* no traiciona ese espíritu. Ya en los tramos finales se concede una pausa a fin de discutir el pretenso contenido “nacionalista” que se ha querido entrever contemporáneamente en el programa salitrero balmacedista.

Sin ahorrarse un juicio moralmente condenatorio de la estrategia financiera de Harvey y de North, Bermúdez insinúa sus dudas respecto a la supuesta política de nacionalización radical e inaplazable de la industria sectorial, urdida por Balmaceda. El rol hegemónico del Estado —concluye— pudo haberse resuelto en el predominio chileno en el nitrato; no en la proscripción

<sup>56</sup>Cf. “Chango López, una leyenda sin figuras”, *Revista En Viaje*, Santiago, 1967.

<sup>57</sup>*Historia del Salitre, II*: 245.

<sup>58</sup>*Ibid.*: 37-39 (Preámbulo).

<sup>59</sup>*Anuario de Tarapacá*, Tarapacá, septiembre de 1964. Cf., también “Pioneros de la primera gran industria chilena”, *Revista Zig-Zag*, Santiago, 1964. Es incontestable que en este plano sus preferencias estaban claramente inclinadas a las personalidades de Smith y de Bollaert. Para este último es representativo su “Esbozo Biográfico de William Bollaert”, *Cuadernos de la Sección Historia Universidad del Norte*, Depto. de Ciencias Sociales, N° 2, Antofagasta 1975: 7-19.

<sup>60</sup>O. Bermúdez, “El Doctor Nicolás Palacios y la Industria del Salitre”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 136, Santiago, 1968: 201-249.

<sup>61</sup>O. Bermúdez, *Estudios de Antonio O'Brien sobre Tarapacá: cartografía y labores administrativas 1763-1771*, Antofagasta, 1975, 118 pp.

<sup>62</sup>Cf. “Leyendas de Tarapacá relativas al salitre”, *Revista En Viaje*, N° 336, Santiago, 1961. Este designio revisionista tiene expresión, además en “Lo que no se sabe sobre la Historia del Salitre”, *Revista En Viaje*, N° 365, Santiago, 1964.

del capitalismo británico de los dominios tarapaqueños. La conexión de Balmaceda con sectores y poderes alternativos del capitalismo británico y nacional, desnudan un proyecto enfilado a quebrantar el anillo monopólico laborado por North y los suyos<sup>63</sup>. Ese desiderato se descubre cristalinamente en su propósito de abatir el monopolio ferroviario del imperial Coronel North, allanando el ingreso a escena de competidores potenciales, fueran éstos británicos o nativos, según lo demuestra su padrinazgo a la Compañía Agua Santa<sup>64</sup>. Ese pasaje revela que Bermúdez da por hecho que la sola voluntad de las altas individualidades no puede regir por sí misma el trayecto del suceder histórico. Los motivos personales sólo llegan a fertilizar en medio de las grandes fuerzas sociales, productivas y políticas que las determinan y tornan posibles. Harvey y North consumarán finalmente sus intenciones alevés, pero —acota nuestro autor— para que éstos terminen por prevalecer:

*Será necesario el desencadenamiento de la guerra, la ocupación militar de Tarapacá por las fuerzas chilenas, el total derrumbe del Perú, para que el Inspector de Vías se convierta en una fuerza secreta, pero efectiva, en Tarapacá, asociado al otro británico, el tercer personaje aún más poderoso<sup>65</sup>.*

## VII

El comercio, la pólvora, los afanes cartográficos y políticos de O'Brien en Tarapacá o las peculiaridades sociales de la entidad hispano-criolla de Pica, fueron algunas de las facetas que lo vincularon a la temática colonial.

Las gestiones de Amat y O'Brien en Tarapacá<sup>66</sup> o las crónicas historiales relativas a ese distrito<sup>67</sup>, fueron claves que auspiciaron algunas glosas pergueñadas con blandura.

Los desvelos de O'Brien, está dicho, fueron recreados por un libro del cual se habló en su sitio.

Un cuantioso expediente de Hacienda tramitado a los términos del siglo XVIII conformó el basamento de un ensayo que pretendía compendiar los trabajos de la sociedad empresarial criolla, por habilitar un vínculo mercantil entre las provincias de Coquimbo con las del Alto Perú. “*Una compañía para el comercio con Charcas y Potosí en el siglo XVIII*”<sup>68</sup>, terminó por constituir un recurso para penetrar en la situación económica y social imperante en la jurisdicción de Atacama en dicha hora. Si no consiguió restituir con felicidad el cuadro social de época, cuando menos acopió datos a la elucidación de un punto hasta esa fecha todavía desdeñado por los letrados provinciales.

Tan afanosa como mejor lograda es “*La Pólvora durante la Colonia*”; estudio que abocó a descifrar los avatares que acompañaron al beneficio de aquella sustancia en Chile<sup>69</sup>. Sin desatender motivos subalternos como los comienzos del salitre en Chile o el maridaje tramado entre la minería septentrional y la pólvora, el resumen gastó su mayor aliento en los apartados reservados a los atributos y roles cumplidos por los almacenes y casas-fábricas durante el período.

La diligente ilustración de las políticas estatales al efecto, conceden mayor respetabilidad a una análisis que mostró su agudeza debatiendo la fase de asentismo, sin omitir una vista ulterior atañente al estado productivo del rubro en momentos en que la dominación peninsular se encontraba en su puesta.

La sociedad hispano-criolla asentada en el oasis de Pica concitó fatigas de mayor cuantía<sup>70</sup>.

<sup>63</sup>*Historia del Salitre, II: 271-273.*

<sup>64</sup>*Historia del Salitre, II: 273.*

<sup>65</sup>*Ibid.: 39. (Preámbulo).*

<sup>66</sup>“El Virrey Amat, don Antonio O'Brien y la provincia de Tarapacá”, *Revista En Viaje*, N° 348; Santiago, 1962: 24-25.

<sup>67</sup>“Las Crónicas Coloniales de Tarapacá”, *Revista En Viaje*, N° 367, Santiago, 1964.

<sup>68</sup>*Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 67, Santiago, 1962: 144-57.

<sup>69</sup>*Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 130, Santiago, 1962: 116-156.

<sup>70</sup>“*El Oasis de Pica y sus nexos regionales*”, MS. “Pica en el siglo XVIII. Estructura Social y Económica”. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 141, Santiago, 1973: 7-56.

Descontado el comedido esbozo del medio ecológico, los alicientes productivos ligados al sector agrario y de la interrelación económica con su entorno territorial, el examen enfila a desentrañar el nexo entre poder social y linaje en el contexto de una sociedad periférica regida por una aristocracia rural parapetada en la consanguinidad y la geografía. De allí la premisa que reduce la cuestión social piqueña, desde el ángulo de la comunidad peninsular y criolla, a una simple variación e interrelación de los linajes comarcales<sup>71</sup>. Esa convicción le impele a inventariar los linajes y estirpes dominantes en Pica-Matilla, a fin de probar la tesis de una estructura social condicionada por la consanguinidad.

La historia colonial en los oasis meridionales de Tarapacá —acredita Bermúdez— la puegueñó un estrecho grupo de terratenientes y mineros de procedencia aristocrática que preserva su papel rectoral y su unidad social, proscribiendo la fusión sexual con los sectores étnicos nativos<sup>72</sup>. Los enlaces maritales entre castellanos y criollos refuerzan este particularismo social favoreciendo las alianzas al interior del estrato europeo dominante; vale decir, en un repertorio de exponentes genéticos estrechos. Las entidades de color reafirman tangencialmente esta modalidad de dominación, acentuando la mezcla interna<sup>73</sup>.

Termina así por alzarse una superestructura social sustentada en la malla de enlaces interfamiliares y en la consanguinidad. La dominación del estrato europeo queda, luego, cimentada en el parentesco y en el concurso del desierto, que condiciona la electividad sexual<sup>74</sup>.

La mutación social proviene de las capas tardíamente enriquecidas por la minería de la plata, sector capitalista naciente que, sin causar la ruptura radical del cuadro clasista diseñado por esa aristocracia agraria afinada en nexos filiales, dinamiza y, pausadamente, modifica el clima social reinante en los oasis<sup>75</sup>.

Los afanes de Bermúdez no están distantes de cierta inquietud por el motivo étnico. La seducción del arte amerindio dio pie, en ocasiones, a reflexiones marginales sobre el trazo alegórico que donó forma y enigma a las figuras rupestres que gobiernan el sentido de las rutas y trayectos amerindios en los baldíos del norte<sup>76</sup>. En otras, la manifestación psicológica que la alfarería ritual preinka peruana recoge, es la razón que llama sus conjeturas<sup>77</sup>.

No adopta la mirada neutral del especialista. Busca descifrar una suerte de clave arcana que los objetos indios proclaman y, a la vez, encubren. Las detenidas revistas personales que emprendió de las piezas prehispanas albergadas en el museo arqueológico de Iquique, motivaron notas que parecen reclamar la develación de un signo unitario, el mensaje ulterior, latente y discreto que alienta bajo ese milenario lenguaje de formas cautivas<sup>78</sup>.

Acaso ése es el impulso que lo mueve a componer un esbozo de Anker Nielsen y su devoción arqueológica en la región tarapaqueña<sup>79</sup>.

“*La vida de los Changos*” constituyó una somera tentativa de abordar con designios más didácticos que historiográficos al ámbito etnográfico de las bandas marítimas que imperaron en el litoral septentrional, valiéndose de los concisos testimonios dispensados por la tradición historiográfica anterior<sup>80</sup>.

No todos sus textos persistieron en sus convencionalismos. Antes al contrario, aquel que reservó al empleo de la balsa de cueros de lobo marino, propia de los Changos, en el embarque del nitrato, arroja un lampo de luz al estudio de las supervivencias tardías de las soluciones técnicas precolombinas en un contexto productivo antagónico<sup>81</sup>.

<sup>71</sup>“Pica en el siglo XVIII. Estructura Social y Económica”: 25.

<sup>72</sup>Ibid.: 47.

<sup>73</sup>Ibid.: 48.

<sup>74</sup>Ibid.: 49.

<sup>75</sup>Ibid.: 52.

<sup>76</sup>“El arte rupestre en los desiertos del Norte”, Revista *En Viaje*, N° 299, Santiago, 1958: 18-19.

<sup>77</sup>“La expresión psicológica en el arte cerámico del Antiguo Perú”, Revista *En Viaje*, N° 315, Santiago, 1960.

<sup>78</sup>“Una colección arqueológica en Iquique”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 127, Santiago, 1959.

<sup>79</sup>“La vida de Anker Nielsen en Iquique y su dedicación a la arqueología”, Revista *En Viaje*, N° 331, 1961: 24-25.

<sup>80</sup>Revista *En Viaje*, N° 342, Santiago, 1962: 7-9.

<sup>81</sup>“Empleo de la balsa de cueros de lobo marino en el embarque del Salitre”, *Revista de la U. del Norte*, N° 2, Antofagasta, 1968: 35-40.

Los densos recuentos que deparó a la sociedad aborigen de la doctrina de Pica, representan, con mucho, su más esmerada internación en los complejos constitutivos de las entidades indígenas comarcanas, una vez arraigada la conquista castellana<sup>82</sup>.

Sobreponiéndose al vacilante panorama arqueológico que sirve de pórtico al desarrollo postamerindio de los núcleos aborígenes en *El Oasis de Pica*, los cuantiosos capítulos que asumieron el discernimiento de la etapa colonial, arrojaron un fragmentario, pero bien informado bosquejo de las etnias meridionales del distrito tarapaqueño.

Sin perjuicio de los rasgos adicionales que su análisis complementa, los temas de la estructura social y de la composición étnica y demográfica de la "Sociedad Indígena" de Pica y sus anexos, fueron los clichés dominantes.

Se echa en falta un tratamiento sistemático del cambio sociocultural gestado por el proceso cultural a partir del siglo xvi. El forjador del "*Oasis de Pica*" se da tiempo de explicitar, no obstante, con un dejo de complacencia interna, la pervivencia de las tradiciones rituales andinas que Bollaert contempló vivas entre las masas indígenas de la jurisdicción de Macaya, que en la primera mitad del siglo pasado resucitaban la fiesta de Nuestra Señora de la Candelaria apelando a la memoria de Atahualpa y de Tupac Amarú; y que seguían estándolo cien años después en los últimos reductos aymaras de la alta cordillera tarapaqueña<sup>83</sup>. Confrontados a este espíritu, los procesos de sincretismo y reinterpretación a los que se entregan los núcleos indios y mestizos ligados a las sociedades urbanas, los que, en parte, beben en las fuentes ideológicas de la escatología católica, le parecen respuestas adaptativas que encubren la claudicación del ancestro cultural andino<sup>84</sup>. No en vano concibe la inserción de un capítulo tocante a la "Sociedad Española" de Pica como un expediente funcional que es, a dúo, un complemento y un contraste sociológico y valórico<sup>85</sup>.

La reconstitución parcial de la realidad demográfica de la doctrina de Pica, válida para la segunda mitad del siglo xviii, acusa un esfuerzo más exhaustivo. Afincado en testimonios coloniales configurados principalmente por matrículas y censos de indios, fijó los valores demográficos aproximados que competían al sector nativo sujeto a la condición de tributarios, en el período pertinente.

Los partidos parroquiales de Pica le permitieron restituir valores demográficos demasiado parciales como para arribar a precisiones cuantitativas válidas para todo el mosaico étnico del meridión; sin anular por esto la factibilidad de fijar, con cierta fidelidad, la movilidad regresiva de la población comarcana<sup>86</sup>.

Adicionalmente, las estimaciones demográficas que pudo sonsacar a los informes de revistas y a las inscripciones parroquiales, posibilitaron la segmentación del sustrato étnico resultante. Reposa éste sobre grupos de color, susceptibles de delimitarse en categorías y términos porcentuales; facciones que, desde luego, constituyen el fondo racial dominante<sup>87</sup>.

La fuerte proporción de enlaces y fusiones genéticas entre mestizos, negros, zambos y mulatos ofrece terreno a reflexiones complementarias relativas a incidencias que, para Bermúdez, no se circunscriben al ámbito de las derivaciones étnicas y somáticas exclusivamente, sino también a las de filiación sociológica. Es de deplorar que ahondara en la vertiente de las secuelas sociales sin reparar en los de índole cultural.

Si no brinda más que una visión sectorial de las sociedades indígenas del norte grande, su lector puede estar cierto que cada fracción de ese universo étnico está mirado con detalle y dignidad.

<sup>82</sup>Aspecto abordado sistemáticamente en el *Oasis de Pica y sus nexos regionales* y "La Población indígena de la Doctrina de Pica. Segunda mitad del siglo xviii". *Revista Chungará*, N° 6, U. del Norte de Arica, 1980: 145-215.

<sup>83</sup>*Chungará*, 165-166.

<sup>84</sup>*Ibid.*: 165.

<sup>85</sup>*Ibid.*: 146.

<sup>86</sup>*Ibid.*: 189.

<sup>87</sup>*Ibid.*: 188.

## VIII

La densa presencia del paisaje irrumpe en la historiografía de Oscar Bermúdez con arrogancia lírica.

Aseveramos alguna vez que Norma Montaner, la inédita heroína de *La Pampa Desnuda*, observándolo desde la penumbra de un tren, parece intuir, a dúo, el enigma poético que el desierto abraza y el vano afán humano por cautivarlo y mudar sus formas<sup>88</sup>.

Esa constante dejó precedentes en el tiempo.

*El ambiente geográfico de esta región —apunta en “Historia del Salitre”— conformó primeramente las formas de vida de las primitivas culturas que allí fueron capaces de adaptarse e, incluso, de imponerse al medio. Allí los españoles pasaron siglos sobrellevando de mala gana su soledad y las dificultades impuestas por las grandes distancias. Más tarde se estableció una industria, la del nitrato de soda, que se impuso con éxito, pero tras enormes esfuerzos, a las duras condiciones del desierto. Pero ni las poblaciones antiguas, ni la moderna industrialización salitrera y cuprífera han modificado lo más mínimo el paisaje del desierto*<sup>89</sup>.

Es previsible, por tanto, que el advertido fautor de *El Drama Político de Chile* proclame la supremacía del desierto sobre el hombre. Los jactanciosos peones que en su relato “*Los Enganchados*” se atreven a invadir el páramo salitral con la intención de doblegarlo, llegarán a extinguirse en la intimidad de sus confines antes de doblegarlo<sup>90</sup>.

No hay allí lugar a motivación sociológica ninguna. La reflexión se dirige y se agota en la perpetua silueta del desierto.

*Una releída del relato revela que el cariz socioeconómico preocupó muy poco a Bermúdez (asunto que él trata en “La Pampa Desnuda”). El drama de los enganchados no fue en este caso su tema, sino este otro: el hombre y el desierto. El hombre solo, sin recursos, sin conocimiento del terreno, y frente a él, rodéandolo y absorbiéndolo, el desierto terrible, dotado de poderes mortales; la sequedad absoluta, el calor calcinante, las arenas que nunca fueron holladas y las engañosas fantasías: los espejismos que dan esperanzas, el viento que borra huellas y senderos... La detenida descripción de la planicie desnuda que hace Bermúdez, es intencionada*<sup>91</sup>.

Con todo, si esa nativa devoción por los inagotables horizontes que asedian la sábana árida no se resuelve en una poética abstracta del espacio, es en virtud del maridaje dialéctico entre sociedad y ecología; en éste cree entrever una de las fértiles ecuaciones que justifican el movimiento histórico.

*Adicionalmente a esta faceta y complementándola, pudo recordar que ya antes de la década de los años 60, el historiador del salitre estaba obsesionado con la posibilidad de que en épocas lejanas la vegetación silvestre fue más abundante en las actuales tres regiones norteñas, pero de mucha más densidad en la de Tarapacá. Tal proposición fue corroborada con el plano que en 1765 realizara el ingeniero Antonio O'Brien. En él dibujó O'Brien buen número de chacras que en ese tiempo estaban ya abandonadas. Muestra el plano las grandes quebradas que desde alturas cordilleranas descienden hasta los bordes septentrional y oriental de la planicie desértica, las aguas que descendían por ellas, cruzando algunas el desierto, “los bosques y tierras que sembraban en tiempos pasados...”*<sup>92</sup>.

<sup>88</sup>*Historia del Salitre, II*, “Oscar Bermúdez: su Concepción de la Historia y su proyección en el Universo del Salitre” por Eduardo Téllez L.: 10-31.

<sup>89</sup>*Historia del Salitre, I*: 19.

<sup>90</sup>CMI, *Aproximación a la obra histórico-literaria de Oscar Bermúdez*, fol. 3.

<sup>91</sup>Ibid.

<sup>92</sup>*Aproximación a la obra... de Oscar Bermúdez*, fol. 4.

El tema lo continuó al punto de incursionar en Quillagua, Quebrada Maru, Challacollo, frente a Tamentica y en los aledaños de Pica, a la demanda de bosques velados por la capa aluvional en el Mediodía tarapaqueño; desvelos a los que dedicó una indispensable noticia<sup>93</sup>, amén de un caudaloso boceto relativo a los dones que “el desierto guarda en el Subsuelo”<sup>94</sup>.

Su estricta lectura de los signos y nomenclaturas estampados en el plano de O'Brien refrendarán esas persuasiones, despertando a luz otras nuevas.

La previsible existencia de espaciados distritos agrarios y de asentamientos humanos adjuntos, desde no ha mucho, velados por la llanura sedimentaria que terminó por posesionarse del valle longitudinal fue, genuinamente, la circunstancia que llamó a las indagaciones interdisciplinarias ulteriores, cuyos adalides, en la hora debida, vislumbraron en Bermúdez su mentor<sup>95</sup>. A lo menos, este último parecía bien complacido de encontrarse, al fin, en la intermediación de certidumbres felices.

*¿Se puede aceptar en sentido puramente conjetural —se pregunta— el hecho de que ha existido poblamiento humano transitorio o estable en diferentes lugares de Pampa del Tamarugal en una época - o épocas - en que el nivel de la planicie era mucho más bajo y el clima más húmedo? (Libertando un poco la imaginación de los grillettes académicos, y mirando en retrovisor, me es grato entrever en la gran depresión Intermedia, cuya geomorfología ha sido algo distinta, islas verdes, archipiélagos de vegetación y hábitats humanos)*<sup>96</sup>.

La tardía reflexión que brindó respecto a los procedimientos de la agricultura sin riego en el ámbito meridional de La Tirana (sector de Canchones), a más de corroborar la fina textura de su cultura geográfica, renovó el compromiso fraterno con una temática, cuya seducción los años parecían no haber menoscabado<sup>97</sup>.

## IX

Quizás lo anterior es, por sí mismo, lo necesariamente concluyente como para abandonar, en este límite, nuestra reseña tocante a lo que Oscar Bermúdez dejó entre nosotros.

No lo haremos sin antes apuntar uno de los ángulos más tenaces de su quehacer. Parte de éste último, en efecto, acontece en las riberas del mundo institucional de la cultura o en posiciones discretas del mismo cuando le fue irrenunciable la convivencia con las normas y los hombres que lo poblaban. Ese designio obedece, en todo caso, a un puro arbitrio personal. De una parte, venció la sobriedad de un carácter que se complacía en el recogimiento casi tanto como reelaba de la relación pública. De otra, primó un acusado desdén al compromiso institucional de cualquier signo. Como sea, y sin traicionar la esencia de esa inclinación, le fue imposible escapar a alguna forma de nexo con las entidades tradicionales que canalizan la cultura histórica en Chile.

Hasta 1962, año en que inició un enlace inconstante con la Academia Chilena de la Historia, la Sociedad Chilena de Historia y Geografía representó la única institución oficial a la cual confió sus afanes y primeras tentativas.

*En 1957 —escribía a Heise— la Soc. Ch. de H. y G. tuvo la bondad y gentileza de acogerme entre sus miembros. Debo decirle aquí que la Soc. Chilena de H. y G. es la única institución (no universitaria) a que pertenezco y he pertenecido, y me place que así sea, pues, por principio y tal vez por temperamento, no soy amigo de instituciones de ningún orden. Probablemente, en el fondo soy todavía un ser silvestre, inmunizado contra todas las corrientes culturales imperantes y principalmente contra los ismos*

<sup>93</sup>“Apuntes de un viaje al sur de Tarapacá”, *El Mercurio de Antofagasta*, Antofagasta, 2 de junio de 1963.

<sup>94</sup>CMI, *Apuntes sobre lo que el desierto guarda en el subsuelo*.

<sup>95</sup>Hugo Bodini et al., *Pampa O'Brien. Verificación de indicadores de implantación humana por fotointerpretación*, Boletín Informativo del Instituto Geográfico Militar, I Trimestre de 1976.

<sup>96</sup>Apuntes sobre lo que el desierto guarda en el subsuelo, MS.: foj.: 12.

<sup>97</sup>“La Agricultura sin riego en la zona de Canchones (Tarapacá, Norte de Chile)”, *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile*, Vol. II: 409-428, Santiago, 1979.

*políticos, pero, como a los 20 años, profundamente ansioso de una transformación básica de la cultura humana*<sup>98</sup>.

No desechó, sin embargo, la ocasión que le presentó la Academia Chilena de la Historia, a fin de que su Boletín N° 67 albergara su indagación concerniente al comercio entre Coquimbo y las provincias de Charcas y Potosí durante el siglo XVIII.

La consistencia de sus trabajos llamaron pronto la adhesión institucional de la Universidad de Chile que consagró a su Comisión Central de Publicaciones a auspiciar y a tutelar su *Historia del Salitre*, volumen que se dio a estampa en 1963.

Su autor contaba en esa hora con el respeto académico oficial, la debida estabilidad económica y el vigor de una larga añoranza, como para que se resolviera a avecindarse definitivamente en Antofagasta, en el exacto momento en que *Historia del Salitre* reconocía las prensas universitarias. Allí, en la misma ciudad que treinta años antes silenció su sombría retirada a Santiago, prosiguió sobria y enclaustradamente, escrutando los signos del ayer. Prorrogó por otros tres años sus contribuciones culturales a la *Revista En Viaje* antes de dar, nuevamente, con el favor institucional.

En 1966, el Cabildo antofagastino hizo memoria del Centenario del poblamiento original de la ciudad alentando un certamen historiográfico nacional relativo a la gesta. "*Orígenes Históricos de Antofagasta*", ese preciso ensayo, por tantos atributos hoy célebre, que Bermúdez presentó —sospecho que no por acaso— bajo el seudónimo de Jorge Smith, cautivó el homenaje del jurado consistorial y la honra de los primeros galardones. Por cierto, el libro arribó a imprenta con los beneplácitos de la Alcaldía, apenas se pronunció dictamen.

La nombradía y el crédito académico que Bermúdez hasta allí había conquistado le franquearon, en ese año, los recientes umbrales de la Universidad del Norte antofagastina. De propia voluntad declinó extender su nuevo compromiso institucional al ámbito de la cátedra y de los claustros. Optó por contentarse con la posición de Académico Investigador. Esa calidad le sentó bien. Dicha prerrogativa funcional le autorizaba a permanecer en su gabinete doméstico, asistir a los archivos de la nación y del extranjero y a valerse de los canales editoriales de la Universidad.

Emancipado de las demandas pedagógicas, pudo abocarse, sin restricciones pecuniarias, a la investigación erudita. En esta nueva fase, que perduró casi quince años, la Universidad del Norte comportó para su quehacer lo que la Sociedad de Historia y Geografía encarnó durante los días de su iniciación.

En tanto militó en el Departamento de Historia de la Universidad, pudo comparecer ante los cuantiosos repositorios de los archivos chilenos y peruanos y tramar enlaces con el Archivo de Indias. La expansión de sus vínculos favoreció la compilación del acervo documental que sostuvo *Historia del Salitre II*, "El oasis de Pica" y los Estudios de Antonio O'Brien, única de la serie que contempló editarse mientras ofició en la Universidad. Los órganos universitarios regionales, alternativamente, vinieron a acoger sus logros historiográficos, señaladamente los Anales, la Revista de la Universidad del Norte y los Cuadernos de la Sección Historia.

La Universidad antofagastina no ejerció monopolismo intelectual alguno sobre su historiador. El Boletín de la Asociación de Geógrafos, las Revistas Ancora, de la U. de Chile de Antofagasta y Chungará, de la Universidad del Norte de Arica, pudieron soberanamente proponerse el mandato de difundir fragmentos históricos de Bermúdez, que cubrían desde estampas sobre el nitrato hasta aproximaciones etnohistóricas.

En esos menesteres hube de conocer un día a ese anciano grave y reservado, que ajeno a toda pedantería, solía pontificar acerca de la secreta teología de los Vedas o la geología de algún vago desierto; que no se permitía exposiciones públicas, pero que alentaba cotidianamente las viejas amistades mediante cartas interminables.

La larga ayudantía que cumplí para él mientras laboraba las cuatro secciones de *Historia del Salitre II*, me legaron la figura definitiva de un hombre comedido y distante, que de la amistad hizo una selección y de la historiografía una ascética.

Bordeaba la cuarta sección de su Historia del nitrato, en el momento en que debió abandonar la Universidad, en 1981. Tras replegarse de ella, agotó sus últimos años al filo del confinamiento y

<sup>98</sup>CMI, carta de O. Bermúdez a Julio Heise, Antofagasta, 20.06.1976.

la espera. “*El Oasis de Pica*” dormía su término desde ha mucho. De la *Historia del Salitre II*, cerrada en 1981, excepto un capítulo editado al año siguiente por quien escribe, nada llegó a imprimirse por la editorial que se impuso su publicación. Su incorporación como titular de la Academia Chilena de la Historia, en 1982, no animó a las casas editoriales a tentar la publicación de la *Historia salitrera*, empresa de la que los auspiciadores iniciales terminaron por desentenderse<sup>99</sup>.

Habitando un mundo de reclusiones y desalientos Oscar Bermúdez aguardó pausadamente su final, que un infarto vino a apresurar una tarde de noviembre de 1983.

Si alguna propiedad incontestable guarda la obra de Bermúdez es la de ser inevitable. Ella siempre esperará, en el principio, a todo intento intelectual dispuesto a domeñar las dimensiones del pretérito del Norte.

De la aquella podrá someterse a duda la legitimidad o la necesidad de algún fragmento, no la inabable magnitud de los cimientos que la justifican.

Con su figura, la historiografía del Norte Grande se emancipa de la crónica, establece sus distancias y se torna clásica. De allí las paradojas que asediaron a ese hombre que habitó con parte de sí en las viejas fronteras de la historiografía, en tanto hacía pie en territorios que ya presentían las nuevas.

Bermúdez renuncia —es cierto— a la pura especulación por la buena arquitectura. Ese compromiso lo sujeta a posiciones metodológicas cercanas al racionalismo positivista y al tradicionalismo narrativo. La adhesión pragmática a cierta orientación cognocitiva conservadora en el terreno epistemológico, parece un corolario comprensible. La ausencia de una propuesta teórica sistemáticamente expuesta impide formarse un parecer legítimo respecto a los componentes conceptuales que integran su dominio cognocitivo. Nada parecido a una “teoría” explícita de la Historia ha sobrevivido objetivamente a Bermúdez. Su módica proclamación de lo que debe entenderse como una “Historia en relación”, conforma más una postulación metodológica que el enunciado de una perspectiva teórica.

En sus textos encontraremos un pulcro modelo de procedimientos, y una guía empírica de lo que debe ser un procesamiento detallado de información, antes que el menor vestigio de abstracción teórica. La contribución pragmática del autor, en orden a organizar cualitativamente y a presentar con dignidad de estilo su caudal informativo, sugiere una de sus grandezas. Ese armónico concierto entre el rigor del fondo y la brillantez de formas es el logro orgánico que comunica identidad y unidad de sentido a la tentativa histórica más dilatada y respetable que se haya propuesto un intelectual en el septentrion de Chile.

Es probable que el copioso catálogo de Bermúdez llegará a soportar muchos dictámenes. No es raro que de él pueda postularse cierta asimetría. Varios títulos vinculados a la obra menuda serán algún día desestimados. Más de algún perfil —es cierto— era del todo innecesario ante su época, al momento de nacer. Nada de aquello compromete su íntima grandeza.

Es impensable v. gr. que la nueva historiografía regionalista llegue a prescindir de sus varios ensayos y dos volúmenes sobre historia salitrera, cuando se decida a retomar la reflexión sobre el ciclo del nitrato.

Las empresas por emprender no darán tampoco con terreno llano en lo que afecta al plano de las fuentes. Sin renunciar a los procedimientos filológicos consagrados, Bermúdez deslindó objetivamente, en estudios especializados o de carácter tangencial, la validez y jerarquía de las series documentales y bibliográficas que al análisis regional competía preservar o integrar, así como aquellas que merecían desestimarse.

Simultáneamente, Bermúdez se constituye en la avanzada humana de nuevos enfoques y facetas del regionalismo cultural. En este orden sus estudios de historia geográfica (pienso aquí, también, en los hermosos inéditos que le sobreviven), configuran, por ilustración y penetración,

<sup>99</sup>Finalmente, *Historia del Salitre II*, que se extiende desde la Guerra del Pacífico hasta la Revolución del 91, ha sido publicada en diciembre de 1984 por las Ediciones *Pampa Desnuda* (nombre dado en homenaje a su inédita novela sobre la Pampa Salitrera). Integran dicho sello editorial Rabindranath Bermúdez, hijo del historiador, los Profesores Eduardo Tellez y Leonardo Jeffs, y el señor Gastón Sepúlveda.

un legítimo patrimonio informativo. A la vez aquellos sugieren un canon metodológico en lo que concierne a los pasos que debe ejecutar un tal acercamiento al asunto.

Semejantes garantías abrigan sus revistas de carácter etnohistórico. Sin llegar a desarrollos sistemáticos y a una teorización adecuada de esta disciplina, logró enriquecer e iluminar recodos del mosaico étnico regional que hasta su mediación permanecieron lejos de los umbrales de la luz. La rigurosa exégesis filológica a que este cometido concedió lugar, concitó su atinada ponderación de los alcances cualitativos del relato etnográfico de procedencia colonial.

Así también la crítica directa de los infolios eclesiales y administrativos de raigambre castellana, relativos a las sociedades indígenas septentrionales, condujo a la catalogación de aquellas series que acusaban valía etnohistórica.

Guardamos, aún, la grave resonancia de su invocación a la amable integración del saber interdisciplinario en el orden de los estudios regionales. Bajo esa propuesta se disimula una fe. Bermúdez no cesa de persuadirse a sí mismo que en el acto de convergencia científica, se conquista la ruta que conduce hacia la plenitud de contenido de nuestro sujeto histórico concreto (historicidad regional).

Esa persecución de la mirada total que las humanidades y las ciencias sociales integradas se encuentran en pie de donar, lo distancian, definitivamente, en este punto, de los exhaustos instrumentos analíticos de tradicionalismo historiográfico. Sus textos de mayor densidad encarnan, de toda suerte, un paso transitivo entre los agotados sistemas de pensar la historia de las jóvenes formas que algún día vendrán a ocupar los altos sitios en que aquellos reinaron y envejecieron.

La opulenta obra de Bermúdez no precisa de adjetivaciones y superlativos. Su alta calidad intrínseca sobrevivirá, probablemente, a los siglos y a los hombres que buscaron en ella la inteligencia primaria del primer destello de nuestro ascenso en la existencia y en el Tiempo. Para nosotros y para ellos, Bermúdez continuará significando la lámpara de luz fija que señala, aún en medio de la interminable figura de la temporalidad, los inagotables trayectos que reconducen a nuestro ancestral ser histórico.